

Capítulo 58

Encaucemos a los Jóvenes

Las normas se rebajan

Aun entre los padres cristianos se ha sancionado demasiado el amor a las diversiones. Los padres han recibido las máximas del mundo, se han conformado a la opinión general de que era necesario que la primera parte de la vida de los niños y jóvenes se desperdiciase en la ociosidad, en diversiones egoístas e insensateces. De esta manera se ha creado el gusto por el placer excitante, y niños y jóvenes se han acostumbrado a ello de tal modo que se deleitan en representaciones excitantes y les desagradan los serios y útiles deberes de la vida. Llevan una vida que concuerda más bien con la de los brutos. No piensan en Dios ni en las realidades eternas y revolotean como las mariposas en su estación del año. No actúan como seres sensatos cuya vida es capaz de medirse con la divina, y que habrán de dar cuenta al Señor por cada hora de su tiempo.

Las madres pueden idear juegos

En vez de despedir a sus hijos de su presencia, para no ser molestada por el ruido que hacen ni por las numerosas atenciones que desean, ella considerará que el mejor empleo que pueda dar a su tiempo consiste en calmar y distraer el espíritu inquieto y activo de ellos con alguna diversión u ocupación ligera y feliz. La madre quedará ampliamente recompensada por los esfuerzos que haga y

el tiempo que dedique a inventar entretenimiento para sus hijos.

Los niños pequeños anhelan compañía. Por lo general, no pueden sentir gozo estando solos; y la madre debe considerar que, en la mayoría de los casos, el lugar de sus hijos cuando están en la casa es la habitación que ella ocupe. Puede entonces ejercer su vigilancia general sobre ellos y estar lista para arreglar [185] sus pequeñas divergencias cuando ellos apelan a su juicio, corregir sus malos hábitos o sus manifestaciones de egoísmo y de ira, y encauzar debidamente sus espíritus.

Los niños piensan que lo que a ellos les gusta agrada a su madre y les resulta muy natural consultarla en los asuntos menudos que les causan perplejidad. La madre, por su parte, no debiera herir el corazón de su pequeñuelo sensible tratando el asunto con indiferencia o negándose a ser molestada por cosas de tan poca importancia. Lo que es insignificante para ella es grande para ellos, y muchas veces una palabra de dirección o cautela en el momento oportuno resultará de gran valor.

Problemas de la adolescencia

En el estado actual de la sociedad no es tarea fácil para los padres refrenar a sus hijos e instruirlos de acuerdo con la regla del bien que dicta la Biblia. Los niños se vuelven a menudo impacientes bajo las restricciones, y quieren cumplir su voluntad, e ir y venir como les place.

Especialmente entre los diez y los dieciocho años, se inclinan a sentir que no hay daño alguno en ir a reuniones mundanales de compañeros jóvenes. Los padres cristianos experimentados pueden ver el peligro. Se han familiarizado

con los temperamentos peculiares de sus hijos, y conocen la influencia que estas cosas tienen sobre su mente; y porque desean su salvación, debieran impedirles esas diversiones excitantes.

Es necesario velar después de la conversión

Cuando los niños deciden por su cuenta abandonar los placeres del mundo y hacerse discípulos de Cristo, ¡de qué preocupación se ve librado el corazón de los padres cuidadosos y fieles! Aun entonces no deben cesar las labores de los padres. Estos jóvenes tan sólo han comenzado en serio la guerra contra el pecado y contra los males del corazón natural, y necesitan en un sentido especial el consejo y el cuidado vigilante de sus padres.

Es deber de los padres vigilar las salidas y las entradas de sus hijos. Deben estimularlos y presentarles incentivos que los atraigan al hogar y les hagan ver que sus padres se interesan en ellos. Deben hacer alegre y placentero el hogar. [186]